

INTERNACIONAL

El éxito de la guerrilla "diferente"

El Ejército Zapatista para la Liberación Nacional (EZLN) salió a la luz pública en un momento especial. El primero de enero de 1994 entraba en vigencia el Tratado de Libre Comercio (TLC) de Norteamérica, al cual el presidente mexicano, Carlos Salinas de Gortari, había apostado todas sus cartas y, de hecho, casi todas las del país.

RAFAEL MENJÍVAR OCHOA

Comenzaba el último año del mandato de Salinas, y en épocas del PRI ello significaba que él dejaba de mandar y comenzaba a desarrollar las políticas de su sucesor, que debía ser Luis Donaldo Colosio. Algo resultó evidente: la guerrilla chiapaneca era diferen-

te a las que se habían conocido hasta entonces en ningún otro lugar. Quedó claro cuando el humo se dispersó y apareció en escena su figura más notoria y notable, el subcomandante Marcos.

Marcos se declaró vocero, no dirigente, del movimiento. Los verdaderos comandantes eran indígenas, y él un ladino que se sujetaba a sus direc-

trices. Sus demandas tenían más que ver con los derechos humanos que con causas políticas: reconocimiento de los derechos sociales y culturales de las minorías étnicas, mejor educación, salud accesible, desarticulación de los ejércitos privados de los grandes propietarios, etc. El EZLN no sólo se desligó de la izquierda institucionalizada

(el Partido de la Revolución Democrática, los trotskistas, organizaciones sociales), sino también de las agrupaciones más radicales, como el Ejército Popular Revolucionario (EPR), conformado con los remanentes de viejas guerrillas en Guerrero y Oaxaca.

El gobierno se dividió: la Secretaría de Gobernación (Ministerio del Inte-



La presencia autorizada de los zapatistas en la capital supuso un reconocimiento tácito a su legitimidad como representantes de una parte importante de la población mexicana.

INTERNACIONAL

rior), dirigida por el ex gobernador chiapaneco Patrocinio Hernández, se lanzó a la cacería de brujas: aseguró que el EZLN estaba formado por ex guerrilleros guatemaltecos y salvadoreños, no por indígenas chiapanecos, y que combatiría con rigor esa conspiración extranjera. El ejército, a través de la Secretaría de Defensa, declaró que el surgimiento del EZLN se debía a desigualdades sociales, que se trataba de un conflicto interno y que no participaría en su represión; si había algo que combatir, le correspondía a la Procuraduría General de la República.

Ésta hizo lo que se esperaba: arrestó a los sospechosos de siempre (ex guerrilleros, ex presos políticos amnistiados, militantes radicales por los derechos humanos...) para darse cuenta de dos cosas: que la mayoría de ellos tampoco tenía idea de lo que estaba pasando y que no había una ley para castigar quienes sí sabían pero no habían participado en actos violentos. Ante todas estas contradicciones, Salinas de Gortari destituyó a Patrocinio Hernández, declaró que la violencia no era admisible pero que las peticiones de los zapatistas eran justas, y nombró al carismático ex regente del Distrito Federal, Manuel Camacho Solís, como comisionado para la paz en Chiapas.

En plena campaña presidencial, el candidato Colosio prácticamente ignoró el problema. En contraste, Camacho saltó a primer plano y se especuló con la posibilidad de que el PRI cambiara a su candidato, algo sin precedentes. Camacho no ocultó su interés, pero, ante la posibilidad de una crisis política, por órdenes de Salinas renunció públicamente a sus aspiraciones. Lo hizo demasiado tarde: Colosio fue asesinado al día siguiente y Camacho fue presentado por ciertos sectores políticos, falsamente, como el autor intelectual, lo cual lo sacó de la jugada. El sustituto de Colosio fue Ernesto Zedillo, el presidente con el cual el PRI perdió las primeras elecciones en siete décadas.

SEIS AÑOS DE SOLEDAD

Si Colosio se había separado de la línea de Salinas de Gortari reconociendo injusticias y prometiendo soluciones radicales, Zedillo lo hizo en sentido contrario: ofreció mano dura contra los zapatistas y una de sus primeras medidas fue movilizar a la cuarta parte de las tropas existentes en el país hacia Chiapas. Como un modo de adquirir popularidad ante la crisis económica que se desató a inicios de su mandato, lanzó revelaciones que consideró explosivas: el verdadero nombre de Marcos era Rafael Sebastián Guillén, periodista y filósofo, hijo de un fabricante de muebles de Aguascalientes.

La población recibió la noticia con frialdad e incluso con sorna: ¿a quién le interesaba la identidad del subcomandante? Marcos se había convertido en un símbolo no sólo para la izquierda, sino para millones de mexicanos de todo signo, que

por primera vez se enteraban de la verdadera situación de los indígenas en Chiapas y estaban molestos con el priismo por la indiferencia o la crueldad con que trataba a la población desde el terremoto de 1985.

La estrategia de Zedillo fue clara: aislar física y políticamente al EZLN, echar atrás los resultados de las negociaciones (varias comisiones completas renunciaron ante el impasse) y, si se daba la oportunidad, tratar de desbaratar la guerrilla a través de la fuerza. Funcionó hasta cierto grado. Más

Latina, y quizá del mundo. En general, el surgimiento de un movimiento armado lleva a una respuesta militar o policial del Estado.

Tras las escaramuzas iniciales, varios factores lo propiciaron. La capacidad de fuego y de organización del EZLN en los pocos días de combates no tenían precedentes desde los días de la revolución de 1910: la población, como reconoció el gobierno, no sólo los protegía, sino que sus fuerzas estaban conformadas por campesinos que simplemente es-

Salvador con especial fuerza), y siempre propugnó negociaciones de paz. No empezar por allí le hubiera restado credibilidad a nivel internacional, y después, con la frágil situación económica, política y social que enfrentó Zedillo en sus seis años de mandato (1994-2000), entrar en una solución armada hubiera sido suicida. Bajo la inmovilidad militar de los zapatistas y su concentración en campañas propagandísticas nacionales e internacionales subyacía también, por su parte, la certeza de que, con entre 60 y 80 mil militares concentrados en Chiapas y los cauces de negociación cerrados, el menor movimiento en falso podía desatar una explosión incalculable.

"TODOS GANAMOS"

Con la derrota del PRI y la llegada de Vicente Fox a la Presidencia, Marcos lanzó una nueva campaña para reactivar la discusión sobre Chiapas. Anunció, como en otras ocasiones, que se haría una marcha de zapatistas, con él al frente, hacia la capital. A pesar de la hostilidad de algunos gobernadores, y sobre todo de las organizaciones empresariales, Fox no sólo aceptó que Marcos y más de veinte dirigentes zapatistas viajaran al Distrito Federal, sino que también les ofreció protección, pláticas directas para negociar el fin de un conflicto en el que no se han disparado balas en siete años y, en fin, los reconoció como representantes de un importante sector de la población.

Los detractores de Fox le critican el haberle dado nueva vida al EZLN, pero él, profundamente conservador, es también profundamente pragmático. Como declaró el pasado lunes, "todos vamos a salir ganando: Marcos lleva un buen paso en popularidad y dando a entender mucho mejor su mensaje; y yo voy ganando porque la ciudadanía está esperando que arregle este asunto, que acordemos una paz justa, verdadera y duradera".

En la concentración en el Zócalo capitalino, Marcos leyó un comunicado de la comandancia del EZLN en el que definió esa paz "justa, verdadera y duradera": "No venimos a decirte qué hacer, ni a guiarte a ningún lado. Venimos a pedirte humildemente, respetuosamente, que nos ayudes. Que no permitas que vuelva a amanecer sin que esa bandera tenga un lugar digno para nosotros los que somos el color de la tierra."

En un país con más de diez millones de indígenas, el llamado es claro. Como lo señaló Carlos Monsiváis, la concentración en el Zócalo fue "el reconocimiento de cada uno de los participantes, presentes o no en la Plaza, de la imposibilidad de continuar aceptando la idea y la práctica restrictivas y selectivas de la nación".

La paz aún no está firmada; ni siquiera se ha dado una reunión oficial entre los zapatistas y el gobierno. Pero al menos se ha evitado un conflicto fratricida mediante el reconocimiento de que todos son parte del mismo país, incluidos los indígenas, los gobernantes, los marginados, los guerrilleros, los soldados (en su mayoría de origen indígena) y todos los que están a favor o en contra de los cambios.



Tras siete años sin disparos, la batalla de imagen, tanto nacional como internacional, que sostienen Fox y Marcos, será la que determine a buen seguro las condiciones de la Paz.

allá de los primeros días, el EZLN no combatió de nuevo, y poco a poco fue acorralado y aislado por el ejército. Las pláticas de paz con el gobierno se cancelaron en 1996, hasta la fecha. La presencia del zapatismo se fue convirtiendo en parte de la vida cotidiana.

SIN PRECEDENTES

La aceptación de la justicia de las exigencias zapatistas y el establecimiento inmediato de pláticas con guerrilleros por parte de su predecesor, Salinas, había sido un hecho sin precedentes en la historia de América

condían armas y pasamontañas y resultaban indetectables. Hubiera sido imposible combatir a los zapatistas sin provocar una represión indiscriminada contra la población civil, con resultados catastróficos en lo político, en lo diplomático y, sin duda, en lo económico: a pesar de que Chiapas es uno de los estados mexicanos con mayores niveles de pobreza, buena parte de la producción agrícola y maderera del país proviene de allí.

Por otra parte, México participó a partir de los ochenta en diferentes esfuerzos diplomáticos de paz (En El



R. Sebastián Guillén